

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIV

Abril de 1937

Núm. 142

Puntos de vista

El centenario de Jorge Isaacs

SE ha celebrado en toda la América hispana el centenario del nacimiento de Jorge Isaacs. El autor de *MARÍA* había hecho ya ese camino secreto del corazón por el cual se llega fácilmente a la popularidad. Los años y las modas pueden cubrir de herrumbre las páginas de esa novela, pero no lograrán silenciar la emoción y la fragancia ingenuas que brotan al menor contacto de ellas, como del fondo de un cofre olvidado. Isaacs eternizó un tipo de mujer que ya no existe y que acaso no vuelva a repetirse en la crónica de la vida de estos países. *MARÍA* estuvo en todas las manos de las mujeres americanas y de todos los ojos de esas mujeres cayeron lágrimas ardientes sobre las últimas páginas del idilio caucano. Arreciaba el romanticismo cuando Isaacs escribió en los desiertos del Dagua, en la cabaña de un negro, en el fondo de una naturaleza enteramente diversa a la que servía de marco a su novela, los amores de Efraín y de María. Por aquellos años, Isaacs era Inspector de los trabajos del camino de Buenaventura a Cali que se empezaba a construir en la selva virgen. «Vivía entonces como un salvaje—escribió más tarde Isaacs a un amigo recordando las circunstancias en que compuso su novela—a merced de las lluvias, rodeado siempre de una naturaleza hermosa, pero refractaria a toda civilización, armada de todos los reptiles venenosos, de todos los hálitos emponzoñados de la selva».

Qué distinto era el paisaje idílico del valle del Cauca, en el cual discurría la vida plácida, patriarcal, ingenua y fragante de la dulce niña romántica, tempranamente destrozada, en la vida. La inmortalidad de esta novela reside en la pureza emocionada del relato, en la descripción de las escenas de costumbres, en el encanto del paisaje lleno con la sombra de sus moradores. A pesar de que las guerras civiles habían conmovido casi todo el territorio de Colombia, se recogía, sin embargo, en los rincones agrestes, en las viejas casas de los amos, el noble encanto de la vida sencilla. Todos en la novela parecen atados por un mismo sentimiento de respeto a la naturaleza; viven como en una comunidad patriarcal lejos de toda inquietud y vanagloria, sintiéndose defendidos por el amor. Es curioso observar que el paisaje que rodeaba a Isaacs, mientras repasaba la vida que él mismo había vivido, era como se ha dicho enteramente distinto al paisaje del Cauca. Debajo de la choza en donde el poeta escribía noche a noche, alumbrado con una lámpara de petróleo, las angustias de María, rugía el torrentoso Dagua estrechado entre los ásperos roquedales de los desfiladeros. Quizá si por contraste o por acariciar la nostalgia que mordía en el corazón del escritor, nostalgia de su valle, de la heredad familiar, de los peones que habían sido sus compañeros en las excursiones y en las cacerías, del amor abandonado, Isaacs, imprimió a su narración esa efusión comunicativa y ese acento de pureza emocionada en que los elementos todos de la naturaleza concurren a formar el cuadro limpio de la vida familiar.

«Isaacs es el romántico por excelencia—ha escrito de él, el cultísimo Max Grillo—. Está enfermo del mal de Lamartine, de Chateaubriand, de Musset. Su desazón lo conduce al delirio de un llanto perenne. Se mezcla en política y los dardos que sus enemigos le dirigen se clavan indefectiblemente en su corazón. Encuentra ingratitude dondequiera».

Esta fué la parte amarga de su vida, la que debía llevarle a ser el peregrino en el cual la nostalgia de su hogar deshecho se levantaba dolorida y sangrante en cada una de las peripecias de su

azarosa existencia. Combatió contra el general Mosquera en 1860 y más tarde a las órdenes del General Henao en la batalla de Manizales. De aquel tiempo es la carta que dirige a un amigo y en la cual recuerda a la novia de los diez y ocho años, mujer que algunos críticos de su obra, creen que fué la verdadera inspiradora de su bello idilio. «Mi novia—escribe—era una muchachita de catorce años, fresca como los claveles del Paraíso y tímida como una cun-cuna aprisionada. Yo era todo corazón (y así moriré) y ese corazón era todo de ella. Aquella mujer tan pura y amorosa era mi sueño de todas las horas, mi sueño de los diez y ocho años, vivo, encarnado por un milagro. Después vino la guerra civil».

Después... Al modo de un tajo del destino que desbarata todos los sueños e ilusiones...

La guerra civil destruyó sus bienes. Destruyó su idilio, y las haciendas de sus padres. Los acreedores las sacaron a remate entre el inútil y desgarrador lamento de la madre que suplicó en vano a los implacables verdugos. Y allí comenzó para Isaacs la vida brava, de lucha, de persecución y de agonía. En su poesía LA CASA PATERNA, ha dejado la queja y la desolación de su espíritu al volver un día para despedirse de los suyos y de los sitios en que había sido feliz, de los lugares en los que aun vagaba la sombra de aquel amor de los diez y ocho años.

«Tiemblo al cruzir en el dintel la puerta... —La luz invade la morada yerta... —Mis pasos repercute el artesón;—siento que vaga en torno de mi frente—hálito de sepulcro... Indolente—la péndola se mece del reloj. ¡Oh, padre! Solo y combatido—por el genio del mal, tu hogar querido—a la avaricia cruel le abandoné.—No me preguntes por la madre mía—ni por tus hijos; mi indigencia haría—tu labio acusador enmudecer».

Son justos los homenajes rendidos a Jorge Isaacs, especialmente en Colombia. «María» representa en la novelística americana uno de los primeros y originales productos de la valorización de la tierra propia. Descriptiva como es, llevó el sentimiento de la vida y del paisaje a un grado lírico de exaltación, pero entregó al

mismo tiempo a las generaciones que fueron contemporáneas y a las que vinieron más tarde un evangelio de amor cuya pureza no han podido borrar las nuevas escuelas y las profundas y violentas conmociones de las costumbres. Queda para América como el documento máspreciado de una época, como la visión, ennoblecida de una sociedad que sacudida por volcánicas guerras civiles, vivía sin embargo, una existencia apacible y pura. Mientras la política separaba y destrozaba a los hombres, en los rincones olvidados de la naturaleza, entre las montañas, se conservaban intactos los tesoros del sentimiento y de la solidaridad.

El gran valor de «María» reside en esta pintura exacta del medio en la diafanidad sencilla de la vida campesina y en la descripción poética, pero siempre ajustada a la realidad de los paisajes y costumbres de una de las regiones de mayor belleza de la tierra colombiana.